

ciado el padre de Boccaccio, que a la sazón se hallaba en París. El segundo es Gualtero de Brienne, el titulado duque de Atenas, cuyo gobierno terrorífico en Florencia, por los años 1342 y 1343, presenció Boccaccio, hijo, y finalmente, la nodriza de la reina Juana de Nápoles, Felipa Catanea, de cuyas intrigas y de cuya participación en el asesinato del esposo de la reina, Andrés de Hungría, probablemente sabía Boccaccio más de lo que juzgó conveniente referir en sus *Sucesos*. El fin que tuvo esta mujer le fué comunicado por sus amigos Marino Bulgaro y Constantino della Rocca. La tendencia especial de esta obra exigía que el autor no se presentara en ella ni como apologista de la antigüedad ni como adulador de príncipes.

Ya hemos dicho que Boccaccio se sirvió del latín para las obras graves en que trataba de la antigüedad, pero hizo una excepción en favor de sus églogas, en las cuales refiere cosas de su época por boca de pastores que en sus coloquios relatan sucesos personales del autor y otros generales de su tiempo, pero que no obstante las explicaciones de Boccaccio, sin las cuales serían completamente ininteligibles, tienen el defecto de ser tan oscuros que su lectura no dá gusto ni la enseñanza que fuera de esperar. Para saber las opiniones políticas del autor no se necesitaban estas églogas, pues que se sabe por otras obras suyas que pertenecía al partido güelfo, y también conocemos su predilección por Nápoles, á la cual ensalzaba en todas partes, su odio al «solapado y borracho» Carlos IV y su afición á censurar á sus paisanos los florentinos por su falacia y afeminación. Por lo que toca á las églogas, nadie sería capaz de formar por su lectura una idea clara de aquella sociedad ni de aquella época, que tan bien pintadas están en las obras italianas del mismo autor, cuyas descripciones fáciles, estilo natural, elegante y fluido valieron á Boccaccio el sobrenombre glorioso de «padre de la prosa italiana.» Lo más singular es que Boccaccio estaba muy lejos de sospechar este resultado, y muy al contrario, creía hacerse inmortal con sus versos y prosa latinos que por esto mismo han llegado á nosotros completos, aunque muy adulterados, y apenas son hojeados y menos leídos por algunos eruditos, mientras que la obra italiana que Boccaccio quiso quemar con sus sonetos italianos, es decir, el Decameron, le dió la deseada inmortalidad. En efecto, si se habla de Boccaccio, ya para elogiarle, ya para criticarle, es por este Decameron.

En 4 de julio de 1373 remitió Petrarca á su antiguo y fiel amigo la traducción al latín de la historia de Griselda, que es la última del Decameron, con una carta en que le dice que había recibido su libro sin poder acordarse de quién, pero, añade en la carta, «mentiría si dijese que lo he leído, porque el gran volumen, el idioma italiano en que está escrito y la noticia de que estaba destinado al pueblo eran motivos bastantes para que no me dejase distraer por él de mis ocupaciones más serias y más importantes.» No todos pensaban entonces, ni menos se piensa hoy, como Petrarca, y como, al parecer, pretendió pensar el mismo Boccaccio.

El Decameron (*Diez días*) es una colección de cien historietas que cuentan, en diez días sucesivos, diez jóvenes, siete muchachas y tres varones, que huyendo de la peste, que en el año 1348 diezmo la población de Florencia, se habían reunido en una hacienda no muy distante de la ciudad, que desde allí se distinguía todavía á la simple vista. Allí se distraían con juegos y cuentos amenos, esperando el día en que pudiesen regresar á sus hogares respectivos. Reuniones de esta clase debían de ser en aquel tiempo usuales y también la costumbre de contar historias, conforme se colige de otros autores, poetas y pintores. Al parecer, el cuadro del Decameron es una pura ficción, tanto en lo relativo al lugar

donde la reunión se celebra como en lo referente á las personas que la forman; podría ser que la joven que se llama Fiammetta fuese la princesa María de Nápoles y que su amante Dioneo, fuese Boccaccio, ó que este fuese el estudiante que castiga de un modo tan inhumano á su amante (VIII, 7) por haberle esta engañado, á la verdad, infelizmente.

No todas estas historietas son inventadas por el autor, ni mucho menos, pues las tomó de otras obras que ha descubierto en sus recientes investigaciones con notable laboriosidad M. Landau (1); pero no por eso es menor su mérito literario, ni tampoco pierde nada la terrible belleza de la descripción de la peste con que empieza el Decameron, por ser una imitación de Tucídides con resabios de Ovidio. Boccaccio, no obstante todo lo que toma de otros, pone también mucho de su parte; retrata fiel y exactamente la vida y la sociedad de su tiempo, especialmente en Florencia y Nápoles, porque es preciso reconocer que si bien refiere historias que finge haber pasado en otros países, en Francia, Inglaterra y hasta en Oriente, es siempre el verdadero teatro de los sucesos una ú otra de las dos ciudades citadas, de tal manera que Nápoles resulta ser cuna de los caballeros y campeones esforzados que se distinguen por sus intrigas, valor, correrías y aventuras galantes, mientras Florencia y sus alrededores son siempre la patria de los patanes, lugareños, pícaros y necios, siendo contados los hombres que el autor presenta en sus cuentos como originarios de Florencia que hayan adquirido fama, buena ó mala, mas allá de su ciudad patria por su ingenio, sus bellaquerías ó sus pugilatos retóricos y materiales, como por ejemplo Guido Cavalcanti. Los jóvenes que formaban la reunión tan bien retratada por Boccaccio eran, asimismo, el perfecto reflejo de la sociedad de su época, sociedad sensual, voluptuosa, que bebía en la copa de los placeres á grandes tragos, que no respetaba ninguna valla legal ni moral, que profanaba el matrimonio y rompía los sagrados lazos de la familia, y en la cual el vicio, no el vicio asqueroso y desvergonzado, sino el galante, astuto y gracioso, triunfaba de la virtud. Era esta sociedad producto de los terrores de la Edad media y de las cadenas de la Iglesia: estaba deseosa de sacudir aquellos terrores y estas cadenas, y se indemnizaba de unos y otras buscando motivos que la hiciesen reír; quería ser escéptica en lugar de respetuosa y severa, no escéptica como los sabios analizadores é investigadores, sino con el escepticismo que le inspiraba la razón popular y práctica.

Un estado semejante, por natural y lógico que sea en un período dado de la evolución histórica de la humanidad, no deja por eso de ser un mal. No es, pues, tampoco un manjar sano el Decameron, en el cual se presenta Boccaccio en muchas ocasiones ligero y sin decoro, no solamente por las muchas historias lúbricas que cuenta, muchas de ellas conocidas ya de larga fecha cuando las escribió, sino por el desbarrazo y la visible fruición con que las relata. Esta no es sin embargo razón para condenarle sin remisión como inmoral, porque no hizo más que lo que antes de él, y en su tiempo y después, hicieron en sus canciones los trovadores, lo que hizo el inglés Chaucer en algunas de sus historietas de Canterbury, y lo que hicieron los poetas alemanes del siglo XIV en sus cuentos, y tantos otros en siglos posteriores. Aquella sociedad no era tan delicada como la actual, porque estaba apenas desbastada. Las jóvenes podían, sin mengua de su honor, contar cuentos que hoy las harían sonrojar, por cuya razón no son los del Decameron lectura recomendable hoy para las jóvenes; pero una obra literaria puede ser muy

(1) En su obra alemana: *Fuentes del Decameron*, Viena, 1870. (N. del T.)

artística y tener grandísimo mérito sin ser por esto libro propio para los niños ó los adolescentes.

Otro defecto del Decameron es la irreligiosidad que respira y que ha sido estigmatizada por el clero mucho más que la obscenidad. No pudiéndose suprimir todo el libro, se procuraron expurgar siquiera los pasajes más ofensivos á la Iglesia, lo cual dió lugar á las ediciones conocidas por *castigadas*, como una del siglo XVI en la cual se suprimieron los episodios del abad que dá á una muchacha un narcótico y se hizo un mágico; del preboste de Fiesole, que yendo detrás de una bella viuda se encontró con su feísima criada, con la cual fué sorprendido un empleado del alcalde; y del tunante clérigo Gianni, que pretende ser maestro en el arte de exorcizar mujeres. Esta irreligiosidad supuesta no es, en el fondo, más que una protesta contra los clérigos inmorales, ignorantes y corrompidos; protesta justificada que repiten todos los autores sinceros del siglo XIV y algunos con mayor energía que Boccaccio; de modo que en vista del lamentable estado moral del clero y de las trampas y engaños que hombres arteros hacían con el pretexto de la religión; en vista de la desmoralización de la cual tan aflictivo ejemplo daba la misma capital del cristianismo, y finalmente, en vista del destierro voluntario del papado á Aviñón, no era justo llamar irreligioso á un autor que protestaba en ocasión oportuna contra los abusos del clero y menos á Boccaccio, que había proclamado constantemente su fe de cristiano católico y su convicción de que «el papa poseía todo el poder del cielo y de la tierra y el absoluto sobre todo el mundo.» ¿Qué irreligiosidad era introducir en un cuento (II, 1) á un tal Martelino, lisiado que pretendía haber quedado bueno y sano solo con tocar los huesos de San Eurico, ó á un infame y empedernido bribón como Ciappelletto (I, 1) que engañara en la confesión á un sacerdote y que no solamente lograra le absolviera de sus pecados sino también que le tuvieran por santo; ó á un judío, llamado Abraham (I, 3), que motivara su conversión al cristianismo en la observación picaresca de que una religión que como la cristiana brillaba cada día más pura y más resplandeciente, á pesar de la conducta diabólica de sus primeros ministros, no podía menos de tener por base y fundamento al mismo Espíritu Santo? Si además de esto Boccaccio dió cabida en su Decameron á la ya entonces conocida historia de las tres sortijas, con la tendencia y significación de la igualdad de las tres religiones, merecerá no las censuras, sino la aprobación entusiasta de toda persona discreta y de claro talento.

Pero aun eliminando las historias inmorales é irreligiosas, queda todavía una multitud de otras hermosísimas en que resplandece el amor puro, la amistad verdadera, el sacrificio más noble y la conmiseración con el infortunio merecido. El vigor admirable con que el autor conmueve y divierte al lector, le arranca felicitaciones para el dichoso y le enseña á compadecer al desgraciado. El primer día de la década empieza con la duda y el último acaba con la fe en la virtud. Con admirable habilidad ha reservado el autor para el fin de su obra la maravillosa historia de la fidelísima Griselda, que soporta con paciencia angelical todas las mortificaciones y todas las pruebas, y que al fin recibe el galardón de su virtud. El narrador de esta historia es cabalmente el joven que en toda la obra aparece como el escéptico más mordaz respecto de las mujeres.

A todo esto se agrega la belleza del lenguaje, que todavía pasa hoy por modelo de corrección, tanto que á pesar de haber pasado más de 500 años desde que Boccaccio escribió este libro, son contadas las expresiones anticuadas, aunque el estilo era algo forzado y oscuro á consecuencia del afán de imitar á los antiguos, particularmente á Cicerón.

Esta maestría y vigor en la narración, la maravillosa semejanza del cuadro con la época en que fué hecho, las muchas historias deliciosas que contiene, hacen del Decameron una verdadera joya de la literatura universal. Un italiano de mucho talento ha comparado la belleza de esta obra con la hermosura de Aspasia, que filosofaba sobre la sabiduría y tenía entre su auditorio á Pericles y á Sócrates, que la oían absortos. Petrarca cuando envió á Boccaccio la traducción latina de la hermosa Griselda, tuvo razón de decir en la carta de remisión: «Hojeando tu libro, no he extrañado ni que haya sido atacado con tanta vehemencia por tus adversarios ni que tú lo hayas defendido con tanto acierto, porque conozco tanto tus brillantes dotes como la desvergüenza y cobardía de la multitud, incapaz para el bien y siempre pronta á insultar.»

Del Decameron existen solo tres copias manuscritas del siglo XIV; el original de la mano del autor, se ha perdido. Seis años después de la introducción en Italia del invento de Gutenberg, fué multiplicado este libro por la imprenta, en 1471. Después se han dado al público innumerables ediciones y otras muchas mutiladas ó sea «expurgadas,» como la que publicó el clero ya en el siglo XVI. Fué además traducida la obra en todos los idiomas civilizados, siendo la primera traducción que se dió á la estampa, juntamente con el original, la alemana hecha por Enrique Steinhövel. Escritores de todos los países la imitaron y no siempre con talento, y recientemente ha recibido el honor, que hoy día se ha hecho de moda conceder á todos los hombres, sucesos y obras célebres de otros tiempos, de servir de motivo á una *ópera bufa*.

Boccaccio escribió el Decameron entre los años 1348 y 1358, y después pasó la mayor parte de lo que le quedó de vida en Florencia, con muchos intervalos, pues que las misiones diplomáticas que le confió esta ciudad le llevaron á diferentes países y cortes. Una vez fué desterrado, aunque por corto tiempo, y otros viajes hizo á Venecia y Nápoles, ya con el objeto de visitar amigos, ya con el de solicitar de sus protectores algún empleo para su vejez. A pesar de su fama y celebridad, debidas á sus trabajos, tanto eruditos como poéticos, no encontró lo que buscaba y tuvo que volver de su último viaje á Nápoles, emprendido en 1371, sin haber logrado su intento.

Hallándose otra vez en Florencia, supo que un tal Jacobo Pizinghe, alto funcionario del gobierno, era gran aficionado al estudio de los autores clásicos, cosa rarísima entonces en personas de su clase y categoría, por cuya razón decidióse muy gozoso á ponerse con él en correspondencia y le escribió una larga carta en la cual hace el elogio de las letras y del estudio de los autores, señalándole la alta gloria que por este camino habían alcanzado sus tres representantes más eminentes, Dante, Petrarca y Zanobi di Strada. Concluye la carta diciendo: «Roma é Italia están por el suelo; nuestra gloria militar, la autoridad de nuestras leyes, nuestras costumbres, que algún día fueron la norma de otros pueblos, todo ha desaparecido; por esto mismo debemos esforzarnos en conservar nuestras glorias literarias á fin de que le quede á Roma algo de su esplendor entre los pueblos bárbaros.»

En 25 de agosto de 1373 vió por fin cumplido su deseo constante de tener un empleo seguro de que vivir, porque fué llamado á explicar, en la universidad de Florencia, «el libro de Dante.» Aceptó y de allí datan las lecciones en que comentó los primeros 16 cantos del Infierno de que ya tuvimos ocasión de hablar. Sus últimos años no estuvieron, sin embargo, exentos de molestias, causadas por achaques y enfermedades, porque rechazó tenazmente toda asistencia médica, imbuido como estaba del odio que Petrarca profesaba

á los discípulos de Hipócrates; pero finalmente mudó de parecer y se curó pronto. Gran dolor le causó la muerte de Petrarca, su maestro y amigo, y sobre ella escribió una carta conmovedora al yerno del difunto, en la cual desahoga su pecho en lamentos, con expresiones de veneración, indignándose de la ingratitud de los italianos, que no habían sabido apreciar en lo que valía al difunto vate.

Boccaccio pasó los últimos meses de su vida en Certaldo, al cual miraba como su pueblo natal; allí vivió solo, porque tres hijos que tuvo, sin que se sepa quién fué su madre, Olimpia (Violante), Marco y Julio habían muerto jóvenes, y cesó de existir el 21 de diciembre de 1375.

Esta es, á grandes rasgos, la biografía de Boccaccio desde niño de 7 años, sin instrucción ni educación, según confiesa él mismo, pero ya aficionado á historias, que escribió bien ó mal tan pronto como supo manejar la pluma, hasta la edad de 62, en que acabó su vida. La distancia es grande desde el ignorante muchacho sin madre hasta el anciano catedrático comentador del inmortal Dante; pero todo este largo camino puede resumirse en estas palabras: *Studium fuit alma poesis*. La poesía, madre fecunda, era el objeto de todos sus afanes.

Este fué el lema constante de Boccaccio, y después de él fué el grito de guerra de las generaciones que se han venido sucediendo hasta hoy.

CAPITULO V

CONTEMPORÁNEOS Y SUCESESORES DE PETRARCA Y BOCCACCIO

Colluccio Salutato fué el sucesor inmediato de los tres lumineros, Dante, Petrarca y Boccaccio, lo cual probó, además de otras circunstancias y obras suyas, con una traducción en versos latinos de la Divina Comedia, que no llegó á concluir, sin embargo. Después, y esto lo sabemos por noticias posteriores, escribió las biografías de Petrarca y Boccaccio. Por sus propias cartas sabemos además que acertó como pocos á apreciar el mérito de Dante, aunque tampoco llegó á comprender toda la extensión de su genio, y que no cesó jamás de lamentar su muerte y la de los demás caudillos del nuevo movimiento literario, cuyas obras, aun las menos importantes y las decididamente malas, declaró dignas rivales de las clásicas antiguas, recomendando constantemente su imitación. No se contentó, sin embargo, con esta propaganda, sino que probó su afinidad con el nuevo movimiento y sus tres grandes iniciadores, trabajando con brio y talento en continuar la obra empezada del Renacimiento.

La instrucción estaba entonces reducida á contados individuos y pequeños núcleos. Solo algún hombre notable en esta ó aquella localidad ó país, sentía inclinación al estudio de las buenas letras, y como cosa nueva, eran mirados sus representantes con cierto asombro é interés por sus conciudadanos más instruidos y tratados con benévola consideración por los príncipes, sus soberanos, y algunos magnates inteligentes. Pero todo este interés se concentraba en la persona, no en las cosas, y cesaba tan pronto como esta persona había perdido el atractivo de la novedad. De haber continuado así el desarrollo de los sucesos, habría sido de temer que el cultivo de las humanidades quedara circunscrito indefinidamente á un reducidísimo número de personas. Faltaba, pues, la propaganda para vigorizar y extender el movimiento literario; generalizar los estudios clásicos y hacerlos una necesidad nacional, probando á los contemporáneos que los escritos de los antiguos ocultaban tesoros cuya conquista era una condición principal de la vida de los pueblos en la era nueva en que habían entrado.

Salutato ocupaba el importante cargo de canciller de la

república de Florencia, á cuyo puesto fué llamado cuando contaba 45 años, el 25 de abril de 1375, y en el cual expulsó de la correspondencia oficial y de los documentos diplomáticos y gubernativos el bajo latín de la Edad media reemplazándolo con el latín puro cicerónico y clásico; empresa más difícil que á primera vista parece, no por la materialidad de reemplazar un género malo por otro mejor sino porque ciertos rasgos característicos de un idioma nuevo, como era el latín puro, se resisten y aun ofenden á los ignorantes y esclavos de la rutina. De esta verdad sabía un buen ejemplo Petrarca, el cual tuvo que explicar á una persona con la cual se carteaba que no faltaba al respeto á ningún personaje de categoría al nombrarle en buen latín con el pronombre *tu*, conforme al espíritu de esta lengua y á la práctica de los autores antiguos, en lugar de tratarle de *vos*, tratamiento propio del bajo latín de la Edad media.

Del estudio de los autores antiguos, que tanto recomendó Salutato, sacaban también provecho los gobernantes por los excelentes datos y ejemplos que las obras de aquellos autores contienen respecto del gobierno de los pueblos y de sus relaciones con otros. Además, fué un nuevo progreso en la senda del Renacimiento que un seglar erudito como Salutato estuviere á la cabeza de una administración política, cuya dirección había estado confiada hasta entonces, como lo fué todavía durante mucho tiempo en casi todos los países, á individuos del clero, únicas personas instruidas y doctas. Salutato comprendió toda la importancia de esta posición, y con genio levantado mostróse digno de su cargo, desechando la humildad servil y tímida que las personas seculares solían entonces usar cuando trataban con personajes elevados. En las cartas que escribió al papa Inocencio VII para recomendarle á Leonardo Aretino, habla como persona cortés y modesta, pero consciente también de la consideración que se le debe por su saber, por su mérito propio y por la posición oficial que ocupa. Algunas expresiones duras que el papa había tomado á mal, apenas le merecen atención en la carta en que contesta. En otra carta que escribe á un religioso, le amonesta para que no solicite altos puestos en la Iglesia, diciendo que de Roma salían solamente ignominias y basura. Cuatro siglos después tan atrevida franqueza horrorizó de tal suerte al devoto editor de sus obras, Mehus, que no pudo menos de corregirla en una nota.

Salutato, con su exquisita sagacidad, supo reducir á sistema sus disertaciones públicas y sus declaraciones hechas incidentalmente. El 31 de marzo de 1376, cuando no hacía todavía un año que había tomado posesión de su empleo, el papa Gregorio XI declaró desde Aviñón á los florentinos fuera de la ley por haberse puesto á la cabeza de una coalición de Estados italianos dirigida contra los papas; por haber simpatizado con Francia y por haber ocupado á Bolonia y otras ciudades, y excitado, aunque inútilmente, el pueblo romano á sublevarse. Los aliados habían hecho todo esto en obsequio de los papas. Llevaban una bandera roja en cuyo centro estaba escrito en letras de plata la palabra *Libertas*, y por medio de circulares, redactadas por su canciller, previnieron á los pueblos de Italia contra los extranjeros bárbaros, diciendo á los romanos: «Examinad, caros hermanos, sus actos y no hagáis caso de sus palabras; por vuestro bien no vinieron á Italia, sino por el deseo de ser vuestros amos. No os dejéis engañar por sus palabras dulces y no permitáis que vuestra Italia, á la cual vuestros mayores hicieron con su sangre la señora del mundo, sea súbdita de bárbaros y extranjeros. Elevad á resolución pública aquel dicho de Catón: Queremos ser libres y vivir solo con personas libres.»

El papa Gregorio XI trasladó la residencia papal otra vez á Roma, donde los romanos le admitieron, á pesar de las

advertencias de los florentinos; pero antes de salir de Aviñón hizo marchar contra sus adversarios en Italia bandas de forajidos franceses, que cometieron ferocidades inauditas; guerra de venganza que continuó cuando se hubo establecido la sede del pontificado en Italia. No consiguió, sin embargo, desanimar ni intimidar á sus contrarios, y en especial á los florentinos, cuya alma era Colluccio Salutato, el cual escribió entonces sobre esto: «No ignoramos lo mucho que puede la Iglesia, y estamos persuadidos de que el papa medita continuamente proyectos de venganza y quiere asolar la Italia; pero el Señor destruye los planes de la injusticia y los hace recaer sobre la cabeza de sus autores. Preferimos la libertad con lucha al ocio del esclavo. No importa que el enemigo amenace; no importa que sea más rico y quizás más poderoso que nosotros; opondremos nuestro poder al suyo y demostraremos que la libertad de los florentinos puede verse amenazada de enemigos, pero que no es fácil vencerla; y al fin y al cabo, Dios está sobre todo; él hará justicia á la causa de su pueblo y en su misericordia amparará nuestra libertad y la de nuestros hijos.» No se contentó Salutato con decir, en general, que los papas, apoyados en su gran poder, solían burlarse de los tratados y faltar á los convenios, sino que dirigió al papa reinante estas palabras: «Acuérdate del juramento que has hecho y que no eres igual á Dios; y aun del mismo Dios se dice: Ha jurado y no se arrepiente de ello.»

Ambos beligerantes se cansaron y entraron en negociaciones que fueron interrumpidas por la muerte del papa en el año 1378; pero sin pactar formalmente la paz, se estableció un *modus vivendi* que se diferenció poco de ella.

No fué solo contra el papa contra quien el valiente canceller tuvo que defender la independencia de su patria, sino también contra otros enemigos, entre los cuales el más dañino era el duque de Milán, Juan Galeazzo Visconti. A este combatió Florencia sin el concurso de aliados, y mas con la pluma de su canceller que con sus soldados, tanto que Galeazzo dijo en una ocasión que Salutato le había hecho más daño con su pluma que mil soldados florentinos montados. El hábil canceller sabía amenazar y ser brusco, y cuando convenía, halagador, sutil, engañador hábil; en una palabra, se servía de todos los medios que tan temible hicieron después á la diplomacia moderna.

En medio de estos trabajos fatigosos procuraba descansar y solazar su ánimo en la lectura y el estudio de los autores clásicos y en discusiones con amigos sobre cuestiones literarias y gramaticales, porque en todo era muy nimio y un tanto vanidoso, como lo prueban los retazos griegos que intercalaba en sus escritos cuando podía. Sin embargo, á ejemplo de otros humanistas de su época, negaba á la literatura griega toda superioridad sobre la latina, de la cual, como de la poesía y de la elocuencia en general, era partidario decidido, sin que por esto cesara de ser buen católico, creyente y devoto defensor de los dogmas de la religión cristiana. Un tal fray Juan Dominici le dedicó una obra voluminosa, titulada: *Lucula noctis*, que muy recientemente se ha descubierto, después de haberse tenido por perdida para siempre, y que viene á ser una filípica violentísima contra los partidarios y apóstoles de la civilización antigua. Salutato contestó amistosa y cortésmente, y después, los defensores cristianos de los clásicos y sus impugnadores, como el monje, vivieron en paz mientras no levantó la cabeza el fanatismo.

Entre los méritos que contrajo Salutato en el fomento del estudio de los autores antiguos, merece citarse el hecho de que á él se debe la primera colección completa de las cartas de Cicerón, que hizo copiar por Pasquino de Cappelli, en Milán, y Gaspar de Broaspini, en Verona. Esta colección, que

se conserva en la biblioteca *Laurenziana* de Florencia, se creyó por mucho tiempo que estaba escrita del propio puño de Petrarca, hasta que Voigt probó lo contrario, lo cual no quita ni añade nada á su valor ni disminuye el mérito de Salutato, que además de sus interesantes notas marginales, facilitó este manantial del latín clásico, á pesar de las muchas incorrecciones del texto, á innumerables amantes de la literatura latina.

Después de Colluccio Salutato, merecen ser citados como discípulos de Petrarca, Luis Marsiglio y Juan Malpaghini, natural de Rávena.

Marsiglio nació en 1342 y murió en el año 1394. Fué el centro y jefe de la primera academia libre, sociedad de hombres aficionados al estudio de los autores y de la filosofía, ó sea ciencia de la antigüedad, que se reunían en el convento del Santo Spirito, en Florencia. Marsiglio era fraile agustino y gozaba de bastante fama de orador sagrado, su devoción era sincera y estaba singularmente fortalecida con la lectura de las confesiones de San Agustín, que le había regalado Petrarca, á fin de hacerle campeón firme contra los averroistas, que ensoberbecidos de su saber negaban la existencia de Dios y ponían en su lugar la razón universal y pura. Era teólogo erudito, considerado por la juventud estudiosa que se agolpaba á su alrededor, como un oráculo divino y manantial de saber, pozo de ciencia, que nada ignoraba y que tenía en la punta de los dedos los pasajes más insignificantes aun de los autores menos conocidos, según expresión de uno de sus discípulos. Su ciudad patria le pidió por obispo. Su afición á la teología no perjudicó á su veneración y pasión por los autores antiguos, ni su predilección por la lengua latina menguó su afecto al idioma patrio, del cual se sirvió en los pocos escritos que compuso, ni su carácter eclesiástico impidió que en una explicación de una canción de su maestro Petrarca, dirigiera ataques violentos al papado.

La vida y carrera literaria de Juan Malpaghini, de Rávena, fué más laboriosa y dura. Solo á fuerza de luchar con la fortuna adversa, consiguió satisfacer su pasión por los estudios entonces nuevos. Las noticias que tenemos de él, dudosas muchas, abarcan desde el año 1365 hasta 1412. En el primero aparece como amanuense de Petrarca, que para la enseñanza que en su casa tenía le explotó, teniéndole en aquella situación inferior, por cuya razón el joven Malpaghini se marchó en busca de mejor fortuna, estudiando siempre. Durante cuarenta años recorrió toda la Italia, tomó las órdenes y alcanzó el título de maestro en filosofía y letras, en Roma, donde, como en otras partes, aumentó sus conocimientos prodigiosamente, si bien no llegó á adquirir la lengua griega. Mas para todo esto y para vivir, tuvo que ponerse á servir y desempeñar ocupaciones más pesadas, y sobre todo más humillantes que en casa de Petrarca. A fuerza de voluntad y constancia, llegó á ser maestro de instrucción pública en Udine, luego fué repetidas veces catedrático en la universidad de Padua, pasó muchos años en las cortes de los Carrara, hasta que, finalmente, encontró un retiro adecuado en 1404, como profesor en Florencia, de cuya universidad fué uno de los miembros más respetados y más eminentes, contando entre sus discípulos á los hijos de las familias más distinguidas del país y aun de otras regiones de Italia. Entre estos se distinguieron particularmente Vittorino y Guarino, aquel natural de Feltre y este de Verona, que, como entonces hacían la mayor parte de los literatos, tomaron las sagradas órdenes y contribuyeron, á su vez, á propagar, los conocimientos nuevos y la afición á los estudios.

En resumen, Malpaghini había nacido para el profesorado y no para ser autor; su memoria admirable y su entusiasmo, ardor y perseverancia para las letras, le hacían más propio